

formarnos con su santa voluntad, hagamos bien á los hombres, único fin para que ha puesto en nuestras manos el poder supremo. Sea siempre igual tu justicia, protege sin distincion al rico y al pobre. No consentas que tus ministros sean injustos á la sombra de tu nombre. Muéstrate dulce y clemente respecto de tus súbditos, porque Dios es nuestro comun padre. Escoge para gobernar tus provincias varones prudentes y esclarecidos. Castiga sin compasion á los agentes prevaricadores que esquilman al pueblo con exacciones arbitrarias. Trata con bondad á los soldados, aunque sin manifestarles dulzura, á fin de que no abusen de las armas que la necesidad te obligue á confiarles. Sean defensores del país y no sus tiranos. Piensa en que el amor de los pueblos constituye la gloria y la seguridad de los reyes; el poder de un príncipe que se hace temer es transitorio, y es cierta la ruina de un Estado cuyo soberano se haya hecho odioso. Protege á los labradores que nos alimentan con sus trabajos; vela sobre los campos y sobre las cosechas. En suma, condúcete de manera que el pueblo viva feliz á la sombra de tu trono, y disfruta en seguridad de los bienes y de los placeres de la vida. Hé aquí, hijo mio, en lo que consiste un gobierno sabio.»

Al-Akkan no supo aprovecharse de los ejemplos y de las lecciones paternales; se mostró vano y presuntuoso, de un natural duro y arrebatado. Sus tíos tornaron á alegar sus antiguas pretensiones, al mismo tiempo que los galos recuperaban palmo á palmo la Narbonense invadida. El valor de Foteis reprimió á los primeros y rechazó á los segundos. Luis, rey de Aquitania, enviado por Carlo-Magno á socorrer al rey de Astúrias, tomó á Barcelona despues de una vigorosa resistencia; pero Al-Akkan invadió poco despues la Navarra, y descendiendo hácia el Ebro, se apodeó de Huesca.

Amrou, que gobernaba en Toledo en su nombre, derramaba torrentes de sangre cristiana. El mismo Al-Akkan, encerrado con sus mujeres, no daba muestras de su poder sino por medio de órdenes sanguinarias y de impuestos enormes. Córdoba acabó por sublevarse; y arrojándose el rey sobre los insurgentes, los venció y entregó la ciudad al saqueo y á la matanza. Trescientas personas empaladas ofrecieron un horrible espectáculo á lo largo del rio; por úl-

timo, al cabo de tres días mandó suspender las ejecuciones, y permitió abandonar el país á los que habian quedado. Algunos fueron á llevar su miseria á Toledo; otros, en número de ocho mil, pasaron á Africa y aumentaron la poblacion de la ciudad naciente de Fez. Habiendo ganado quince mil de ellos á Alejandria, la tuvieron á su merced hasta el momento en que los walis de Egipto les determinaron, mediante considerables sumas, á trasladarse á Creta. Reunidos en aquella isla con los egipcios y los sirios del Irak, fundaron á Candia y se dedicaron á la piratería.

Asaltaron á Al-Akkan, el Cruel, los remordimientos, causándole accesos de locura. Cierta dia en que el esclavo encargado de humedecer y perfumar su larga barba habia tardado un instante, le tiró á la cabeza un frasco de almizcle. Como éste sollozara por lo bajo, exclamó Al-Akkan: *¡Qué! ¿Temes que lleguen á faltar perfumes, porque he roto una ampolla? ¿No sabes que para tenerlos siempre, he hecho rodar trescientas cabezas en un dia?*

A veces cenovaba á los chaiques y al ejército como para una expedicion lejana, y acto continuo los despedía. Otras hacia llamar á media noche á los cadis, á los visires y á la corte; luego mandaba entrar cantatrices, se bailaba, se tocaban instrumentos, y hecho esto, despedía á los asistentes.

Tambien se exhalaban en cantos poéticos su melancolía y su ímpetu belicoso; poseemos un himno suyo de combate que empieza de este modo: «He visto abrirse los abismos erizados de espadas; pero me he alzado sobre la cumbre de los montes, y los montes se han convertido en humildes valles. Díganlo mis fronteras. ¿Temen acaso ser pisoteadas por los caballos de los jinetes enemigos? ¿Ven brillar el acero en sus manos? ¿Oyen otro ruido que el de los arroyos que se despeñan por las rocas, y arrastran en su curso los árboles de la selva? Mis fronteras dirán si yo soy el primero entre los héroes, y si mi espada fue la primera que se tiñó de sangre. Jóvenes guerreros han huido asustados al aspecto de los peligros y de las fatigas, mas no los de mi escuadron selecto, porque el que me acompaña nunca conoció la infamia ni el miedo.»

Los libros de su biblioteca, cuyo catálogo

razonado habia hecho él mismo, ascendian al número de cuatrocientos mil volúmenes. Le fué deudor el califato de Córdoba de dos instituciones, un ejército regular y asalariado, con sus almacenes de víveres y municiones, y una fuerte marina.

A la par que en los demas países han dejado los godos la reputacion de bárbaros é ignorantes, su dominacion en España es considerada como una edad de oro, un tiempo de virtud, de heroísmo, de poesía. Esto proviene no absolutamente de las buenas cualidades de este pueblo, que á decir verdad, fué el ménos grosero entre los bárbaros, sino de que se asoció á su nombre el recuerdo de la independencianacional, y de que se les pudo comparar á los nuevos invasores.

Conocemos bastante á los árabes para poderlos figurar el destrozo que hicieron en la península, llegando como los demas en clase de conquistadores, y adversarios además de la religion dominante. En pos vinieron las discordias entre los invasores mismos, y los indígenas les vieron con satisfacion verter olas de sangre por conservar el derecho oprimirlos. Una vez resueltos á establecerse en España cesaron de devastarla á su antojo y pudieron respirar sus moradores. Nos queda un curioso documento de la época en un convenio otorgado en 734 por dos capitanes sarracenos á los habitantes de Coimbra y de sus inmediaciones, en que se especifica que los cristianos pagarán doble que los árabes; las iglesias, veinticinco libras de plata; los monasterios, cincuenta; las catedrales, ciento. Allí se dice que los cristianos tendrán un conde de su nacion en Coimbra, para administrar justicia, aunque nadie podrá ser condenado á muerte sin orden del *algazil* árabe. Si un cristiano mata ó injuria á un árabe, será juzgado por el *algazil* con sujecion á las leyes del ofendido. Si un cristiano viola á una doncella árabe, deberá hacerse musulman y casarse con ella; de lo contrario será condenado á muerte; sufrirá la pena capital si el ultraje á sido á una mujer casada. El cristiano que entre en una mezquita ó hable mal de Mahoma y de Alá estará obligado á declararse musulman ó perecerá. Dirán los sacerdotes misa á puerta cerrada, bajo pena de diez libras de plata de multa. No maldecirán

los obispos á los reyes musulmanes so pena de la vida. Quedarán en paz los monasterios aunque con la obligacion de pagar cincuenta libras de plata. Fué exceptuado el de Lorban de este tributo, porque los monjes tenian costumbre de indicar de buena fé á los musulmanes los mejores sitios para la caza, y de prestarles buena acogida. Tambien podian ir á Coimbra y comprar con exencion de tributos, aunque sin permiso especial no podian salir del territorio.

Esta acta nos da á conocer en parte, cual era la condicion de los vencidos con relacion á los vencedores. Tambien nos queda un decreto del año 759, por el cual regulaba Abderramen para tres años el tributo debido por sus súbditos cristianos. Consistia en seiscientas veinticinco libras de oro, veinte mil marcos de plata, diez mil caballos, otras tantas mulas, mil corazas, y otros tantos sables y lanzas. Sin embargo, los emires llegaron á favorecer las artes y las ciencias, hasta el punto de arrancar encomios á algunos escritores respecto de su dominacion en España, como si pudiera haber prosperidad sin independencian.

CAPITULO IV

LOS FRANCOS.

Alcaldes del palacio.

La adúltera Basina, mujer del rey de los turingios, dijo á su nuevo esposo en la primera noche en que participó del tálamo del que habia de hacerla madre de Cloris: *Guardemos continencia; levántate y cuenta á tu sierva lo que veas en el patio de palacio.* Con efecto, habiéndose levantado, vió leones, unicornios, leopardos, jugar saltando, y volvió á decirselo á su compañera. *Vé y mira de nuevo,* repuso ella, *y luego instruye á tu sierva de lo que haya herido tu vista.* Por segunda vez salió de su aposento y vió osos y lobos. Su tercera vision le ofreció el espectáculo de pequeños perros y de una multitud de bichos abyectos. Entonces Basina le habló de esta manera: *Todo cuanto acababan de ver tus ojos es la verdad pura. De nosotros nacerá un leon seguramente; sus valerosos hijos están figurados en la vision que tuviste por los leopardos y por los unicornios. Con el tiempo ellos enjendrarán á su vez lobos y osos valientes*

y voraces. Despues los últimos serán perros; y la turba de bestias mucho más pequeñas en que se acaban de fijar ahora tus ojos, indica bien á las claras á aquellos que han de maltratar al pueblo pérfidamente, y á quienes sus reyes no prestarán jamás ningun amparo ni patrocinio.

De esta suerte la edad media, traduciendo en su estilo las ideas en predicciones y en hechos, indicaba la degeneracion progresiva de los Merovingios, que despues de haberse engrandecido con Clovis, van declinando con Clotario II y Dagoberto, y luego se bastardean en sus sucesores para ceder el puesto á mejor raza.

Habiendo reunido Clotario II los cuatro reinos francos de Neustria, de Austrasia, de Borgoña y de Aquitania, hubiera podido reparar una larga paz las fuerzas del país; pero por el contrario, todo propendia á agotarlas. Era la dominacion de los Merovingios un tránsito de la barbarie al orden; para el porvenir no habia echado ningun cimiento. Muchos Estados se habian formado con la mezcla de los indígenas y de los invasores de naciones diversas; luego la una habia avasallado á la otra, sin que fuera posible establecer ninguna distincion política ó de raza. Fuera se estrellaban aún los turingios, los bávaros, los alemanes, alternativamente vencedores ó vencidos, aunque indómitos siempre; no se cansaban los frisonos y los sajones de hacer la guerra á la Austrasia; los bretones y los pueblos de la Armórica, á Neustria; en la Provenza, en la Narbonense y en la Arquitania, aspiraba la poblacion romana á hacerse independiente, y las ciudades, que habian conservado un residuo de instituciones municipales, oponian sus ligas á las armas de los francos.

El establecimiento de estos conquistadores en las Galias habia alterado en ellos los hábitos de la libertad germánica, disminuyendo los hombres libres en número é importancia, al propio tiempo que cesaban sus asambleas generales. Habia excluido el clero á los legos de la eleccion de los obispos; pero éstos nunca alcanzaron en las Galias tan inmenso poder como en España, refrenados como estaban por los reyes, de quienes recibian en su mayor parte la investidura, y escogidos á menudo entre la raza conquistadora, sin tener más mérito que saber hacer la corte al soberano y agradarle.

Era reconocida la supremacia romana; pero distante el pontífice y en lucha con los sofistas y los fuertes, habia delegado gran parte de sus poderes al obispo de Arlés, haciendo de este modo más escasas sus relaciones con esta monarquía, que habia criado en la cuna.

Esforzábanse los reyes por hacerse herederos del imperio romano, y por robustecer su propia autoridad sobre los escombros de tan soberbio edificio. Pero la cualidad originaria de la índole de su nacion, que consistia solamente en ser los primeros entre sus pares, les impedía de todo punto constituirse en centro de aquel gran movimiento, y elevarse hasta descollar mucho por encima la muchedumbre de grandes propietarios entre quienes se hallaba repartido el territorio.

Hasta esta misma aristocracia carecia del vigor necesario para dominar sobre la sociedad nueva, porque no habia comun acuerdo entre sus filas más que para restringir las prerogativas reales. Ya sus miembros habian obligado al fisco á hacer liberalidades numerosas; antes eran revocables los empleos honoríficos y los beneficios de todas clases, y á la sazón se convertian en vitalicios; posteriormente el tratado de Andelot permitió á los leudes hacer hereditarias las tierras donadas á título remuneratorio. De esta suerte vino á prevalecer la aristocracia territorial, y Brunehalta ó Brunehilda, que quiso poner remedio en esto, cayó víctima de la guerra que estalló entre los señores y el monarca. Clotario II mandó restituir los bienes que ella habia adjudicado á la corona, y así dió un complemento al tratado de Andelot, en que Neustria no habia tomado parte.

Acantonada la aristocracia en sus dominios lejanos, tan luego como fueron legitimadas sus usurpaciones, no se quiso presentar más en las asambleas nacionales, por miedo de que los reyes pudieran dominar su ambicion ó reprimir su rapacidad con su presencia; tampoco acudió á ellas la masa de hombres libres, cada vez más pobres y ocupados en proveer á sus necesidades. Faltaba de consiguiente á las instituciones germánicas su primera base, y más raros de día en día los *campos de Marzo ó de Mayo*, acabaron por componerse tan sólo de los empleados de palacio y de algunos de los más poderosos leudes.

Cuando estos últimos se vieron enaltecidos en poder y en riquezas, no quedaron á los pequeños propietarios para libertarse de la opresion más que dos caminos: ponerse bajo el patrocinio de los leudes, declarándose sus vasallos, y obligándose al servicio militar con ellos; ó si poseian un dominio suficiente, convertir sus alodios en beneficios, y previo el homenaje al rey, ingresar tambien ellos de este modo en la clase de los leudes.

Obligacion suya era empuñar las armas siempre que el monarca enarbolaba la capa de San Martin, y todo propietario debia suministrar víveres á su contingente, como tambien municiones para los almacenes. Por el salario suplían ventajosamente el botín y el rescate de los prisioneros; los leudes y los empleados de su casa servian á caballo; todos los demas á pié.

En lo concerniente á la guerra, disfrutaba el rey de una autoridad ilimitada, por ser el servicio militar la primera obligacion inherente al beneficio, y envolver la negativa al uno la pérdida irremisible del otro; pero, cuando en tiempo de paz, llegaron á convertirse los leudes en grandes propietarios, prevaleció esta condicion sobre la de ser compañeros del rey, hasta tal punto que separándose de su lado se ligaron entre ellos.

Esta organizacion imperfecta se hallaba grandemente modificada por los elementos que en ella habian depositado las civilizaciones romana y germánica en diferentes grados. Traslándose los francos de Austrasia á las orillas del Rhin, del Mosela y del Mosa, habian renunciado á las excursiones; pero inmediatos como estaban á la antigua Germania, habian conservado mucho de su carácter propio. Todavía salian algunos de ellos por bandas para ir á saquear la Italia ó el Mediodía de la Galia; á la par que otros, deseosos de orden y de instituciones nuevas, se fortificaban dentro de sus castillos, asociando de un modo enérgico y original el espíritu turbulento de los conquistadores con la estabilidad de los propietarios. Al réves, los de Neustria, establecidos en el corazón de las Galias, se enervaban en la paz, y desde entonces consideraban como bárbaros á sus hermanos los guerreros.

Ya los emperadores romanos habian hecho

títulos de honor de los diferentes servicios de la casa imperial, sin excluir los más abyectos. Imitado fué su ejemplo por los reyes germánicos, cerca de los cuales la dignidad adquiria igualmente su brillo en la adhesion á la persona del soberano. Aquel que era grande dentro de palacio era tambien grande á los ojos del pueblo. Los servidores ó empleados de la casa del rey estaban bajo las órdenes de un mayordomo ó alcalde de palacio, quien les mandaba en tiempo de guerra, y dirigia en tiempo de la paz la administracion de los dominios particulares del monarca. Cuando estos empleados llegaron á ser hombres libres, subió de punto la importancia de los mayordomos, y todavia más cuando comenzaron los reyes á distribuir beneficios. Entonces hubo de entenderse el mayordomo con los que tenian que recibir la investidura, y frecuentemente él era el que arreglaba las cláusulas del contrato. De este modo vino á ser el primero entre los leudes, su juez durante la paz y su caudillo en la guerra. Como posteriormente aspiraban á ponerse bajo la proteccion del rey todos los hombres libres, tambien tuvo que ser el juez de los leudes juez del pueblo.

Cuanto más se aumentaba el poder del alcalde de palacio, más codiciado era este empleo, llegando á ser privilegio de las principales familias, que añadieron su importancia personal á las atribuciones cada vez más extensas de este empleo. Disponiendo desde entonces los alcal desde palacio de los beneficios á su antojo, se proporcionaban de esta suerte un grande influjo, y se hacian parciales y clientes entre los principales beneficiados. Como en los frecuentes cambios de reinado corrian éstos riesgo de verse desposeidos de sus tierras, hicieron de modo que el mayordomo no fuera hombre del rey en lo sucesivo, sino hombre del reino, á fin de que al mudar el uno continuara el otro en su puesto. Luego que lo hubieron conseguido gozaron en seguridad de sus posesiones; y el alcalde de palacio, jefe de la más poderosa parte de la nacion, inamovible en medio de las mudanzas del poder real, hacia cada vez más leves é insignificantes los lazos de dependencia respecto de éste; de tal modo que los grandes acabaron por atraer á sí la eleccion de este dignatario, sin que el soberano tomará parte en

ella con su voto, ni aún siquiera con la investidura. A instancias de los grandes, juró Clotario II no remover nunca á Varcenario del empleo de alcalde de palacio del reino de Borgoña, ni á Rodon del de alcalde de la Austrasia; y finalmente hizo lo propio respecto del de Neustria.

De electiva é inamovible que era esta dignidad, no tardó en convertirse en hereditaria, teniendo interés los grandes en sustituir al que moría un miembro de la misma familia, que les conservara sus beneficios como á clientes. Hé aquí, pues, un empleo de palacio convertido en dignidad del estado, hereditario y poderoso en extremo. El lugar teniente del rey vino á ser general del ejército; el juez de palacio figuró como gran justicia del reino, y acumuló así en su persona los poderes que se escapaban de la débil mano de los príncipes. Sólo una cosa faltaba á todos los alcaldes de palacio, y era que uno sólo reuniera en sí estas funciones respecto de todas las partes del reino.

Contribuyó á consumir la revolucion la menor edad de los reyes, porque en el trascurso de ciento catorce años sólo uno ó dos llegaron á la edad de hombres, y ninguno adquirió la energía que para reinar era necesaria. Por eso la historia los designa con el nombre de reyes holgazanes. La firmeza de los alcaldes de palacio contrastaba con su debilidad, siempre en aumento. Teodeberto II había elevado á este puesto en la Austrasia á Arnulfo ó Anulo que, vástago de una noble familia galo-romana, había adquirido por su talento y por su sabiduría un crédito inmenso, al cual vino á agregarse el poder hasta el momento mismo en que se retiró completamente de los negocios públicos, y fué nombrado obispo de Metz, su patria.

Tenía por deudo y amigo, á Pepino, hijo de Carlo-Magno de una familia austrasia, que propietaria de grandes dominios junto al Mosa, poseía allí el castillo de Landen. Despues de haberse señalado personalmente por sus virtudes, su piedad y su mérito, fué contado como el obispo de Metz entre el número de los santos.

Por consejo de Arnulfo y de Pepino se habían determinado los señores de Austrasia á conferir la corona á Clotario, rey de Neustria. Poseído de gratitud respecto de ellos, les daba

testimonio de respeto y accedia á sus deseos de buen grado. A instancias suyas convocó en París á los principales leudes y á los obispos de los tres reinos, para poner remedio á las disensiones que destrozaban á la Galia. En aquel Campo de Marzo, los señores, á quienes su union hacia preponderantes, no pensaron más que en consolidar su autoridad. Restituyó el fisco los bienes arrebatados á los vasallos por Brunehilda en las guerras civiles; fueron abolidos diferentes impuestos; el clero y el pueblo recuperaron la eleccion de los obispos, y el privilegio de la jurisdiccion eclesiástica quedó confirmado.

Clotario nombró entonces á Pepino alcalde del palacio de Austrasia (622), confiándole, como también á Arnulfo, la educacion de su hijo Dagoberto, proclamado rey de esta comarca. A la muerte de Varneario propuso el rey á los leudes elegir un alcalde de palacio para la Neustria; pero ellos rehusaron abrogarse semejante derecho.

La tranquilidad interior permitió al reino algun respiro. Adquirió actividad el comercio con Inglaterra, España, Italia, Siria, Egipto, Africa. Los sajones, que habían hecho nuevas incursiones, fueron batidos más allá del Weser por los dos reyes, y reducidos á pagar el tributo de quinientas vacas, como lo pagaban anteriormente.

Cuando murió Clotario se hubiera renovado la reparticion ordinaria entre sus hijos, si Pepino no hubiera inducido á los neustrios y á los borgoñones á reconocer á Dagoberto, que reinaba hacia seis años en la Austrasia, mientras Cariberto, su hermano, era proclamado en Aquitania, adonde había huido.

El linde de la Galia, que se apoya en la vertiente occidental de los Pirineos, ocupada por los restos de los antiguos iberos (vascos ó gascones), había ido estrechándose cada vez más por las usurpaciones de los romanos y de los godos. Cuando los francos arrollaron á estos últimos no consiguieron avasallar á los vascos. Al revés, los hombres de corta estatura del Bearn vieron descender de sus rocas, en tiempo de Clotario II, aquellos gigantescos montañeses con capisayos encarnados de ordinaria tela, con polainas de cerda, y ocupar el país á que dieron el nombre de Gascuña. Amand, su duque, ha-

bia dado su hija Gisela en matrimonio á Cariberto, quien habiendo sobrevivido pocos años, dejó al morir tres hijos, Hilderico, Boggis y Bertram. Habiendo perecido el primero de muerte violenta, aspiró Dagoberto á incorporar la Aquitania á la corona (637); pero el duque de los gascones le obligó á dejársela á sus dos sobrinos, como ducado tributario. Este ducado pasó posteriormente á Eudes, reputado por hijo de Boggis, y los duques de Aquitania, vasallos los más insignes de la corona franca, vinieron á ser el sosten de la decadente familia de los Merovingios hasta que se sepultaron bajo sus ruinas.

Habiendo tomado Arnulfo el hábito monástico, tuvo por sucesor en la silla de Metz á Cuniperto, obispo de Colonia, por cuyo consejo mandó Pepino formar una coleccion de las leyes de todos los pueblos germánicos que prestaban obediencia á Dagoberto. Este rey, ayudado por las amonestaciones de sus dos ministros, pudo proporcionar algun descanso al reino. Recorrió sus estados administrando justicia en persona. Protegió también el comercio, instituyó la feria de San Dionisio, que atraía anualmente por espacio de cuatro semanas á una prodigiosa muchedumbre de sajones, de españoles, de longobardos y de marselleses. Igualmente iban los francos á traficar fuera; y ya bastante cultos para conocer la necesidad de los géneros de la India y de los productos de las manufacturas griegas, algunos jefes emprendieron el proyecto de abrirse á mano armada un camino entre Constantinopla y la Francia por el valle del Danubio. Partiendo de Baviera, último linde de los francos, proseguian su camino hasta el Mar Negro; y bien preparados á repe- ler todo ataque, cruzaban el país de los ávaros y de los búlgaros, y trasportaban de este modo el convoy de sus mercancías. Un tal Samon, natural de Seutgau en el Hainaut, abandonó su país con objeto de dedicarse al tráfico y adquirió gran crédito cerca de una tribu de eslavos-venedos, tchacos ó bohemios probablemente (623). Habiendo muerto por esta época el kakan de los ávaros, sacudieron el yugo todas las poblaciones que le prestaban obediencia, como había acontecido en tiempo de Atila, y Samon dirigió tan acertadamente con sus consejos á su tribu adoptiva, que la emancipó de

toda dependencia. Ella le galardonó con el título de rey, y se casó con doce mujeres, que le dieron treinta y siete hijos, quince de ellos hembras.

Pero habiendo insultado y saqueado sus súbditos á una caravana de mercaderes francos, pidió satisfaccion de este desmán Dagoberto. Samon, cuya autoridad no era suficiente para obligar á los suyos á la restitution, trató de inducir á Dagoberto á contraer vínculos de amistad con los eslavos. *Es imposible*, le respondió el embajador sicario, *que cristianos siervos de Dios celebren alianza con perros*. Samon respondió á esta insolencia: *Si vosotros sois los siervos de Dios, nosotros somos los perros; y puesto que contra Dios cometis tantos desmanes, hemos recibido de su autoridad licencia para mor-*

deros. Empezó la guerra, y los longobardos, aliados de los francos, tomaron parte en ella, así como los alemanes, sus tributarios; pero aún siendo derrotados por estos últimos y por el duque de Friul, reunido á los neustrios, no por eso dejaron de penetrar los eslavos en la Turingia, talando todo su territorio; y llegados á Wogastiburgo, pusieron en derrota á los austrasios.

Quizá éstos se habían dejado humillar en odio á Dagoberto, y para llenar de ignominia á este príncipe, manchado con todos los vicios y con las más viles acciones. Tenía tres mujeres y un sin número de concubinas. Yendo á diferentes provincias con objeto de administrar justicia, mandaba degollar, ora á uno de los grandes del país, ora á otro. Finalmente, los leudes de la Neustria, fatigados y celosos de la dominacion de Pepino, se habían apoderado de la persona del rey, obligándole á trasladar á París su residencia. Allí, aún conservando su empleo, se hallaba embarazado Pepino por los magnates neustrios, quienes llegaron hasta el punto de atentar contra su vida. Quizá á consecuencia de su descontento contra el rey y sus barones dejaron los austrasios la victoria á los eslavos. Aumentóse todavía más con las sospechas la crueldad de Dagoberto. Poco antes había dado asilo en Baviera á una tribu de búlgaros, que se había sustraído á la dominacion de los ávaros; entonces temió que se uniera á los eslavos, y mandó que fuera asesinada en